

IX

Sí, es tu salud, estrella Redentora
Cuya luz bienhechora
Te aparta del abismo funerario;
La que ves en el templo de amor llena,
Es la blanca azucena
Que viera Nazaret en el Calvario.

X

La misma que en el Gólgota gemía
Cuando el Eden se abría
Brindando su mansión á los mortales;
Es la Virgen amante que te llama
Y sobre ti derrama
De salud y de dicha los raudales.

XI

Cuando presa de bárbara tortura
Te oprima la amargura
Y amenace ponerte en desconcierto,
En Ella otro Moisés ha de mostrarte
Como firme valuarte,
La serpiente de bronce en el desierto.

XII

Y es tu Reina también, es la Señora
En quien tu pecho adora,
Tu luz y tu esperanza y tu alegría;
Que encierran de tu historia los blasones
Mil nobles corazones
Que entusiastas proclaman á María

XIII

Cual reina con incienso la regalas,
La adornas con las galas

Que existen en la gloria y en el suelo;
Con la Asiática seda y con el oro,
De la tierra tesoro,
Con fé y amor que habitan en el cielo.

XIV

Reina augusta y gentil, de vuestra historia
Sol radiante de gloria
Que vence de los tiempos el encono:
Del pasado quedó solo una huella
Ella, tan solo Ella
Se levanta inmortal sobre su trono.

XV

¡Oh tú, dulce esperanza seductora,
Pura y naciente aurora
Que anuncias de la dicha la mañana,
Dirige con tu luz al navegante
Que te aclama incesante
Madre, Salud y Reina Soberana!

XVI

¡Y tú, noble Nación, remonta el vuelo!
Ves brillar en tu cielo
Otra estrella más pura y sonriente?
Sabes que es una Madre que te adora
Y que tu amor implora
Mil ósculos gravándote en la frente.

XVII

Y tú inflamado en místicos ardores,
Le pagas sus amores
Oprimiendo su imagen en tus brazos,
Y al ósculo materno que te imprime,
Respondes con sublime
Y casto amor y místicos abrazos.

XVIII

Es Ella tu Salud; y Ella que ansía
Volverte la alegría,
Anhela que la pidas sus favores,
Y tú con ansia y con amor la llamas
Y en pos de vida clamas
Desde el profundo mar de tus dolores.

XIX

¡Pero vales aún más...! Eco de gloria
Que no quepa en la historia
Y que vuele veloz de zona á zona,
Entusiasta y armónico repita
Que á tu Reina bendita,
Ha ceñido tu amor una corona

XX

Nada iguala en valer á esa diadema
De tu entusiasmo emblema,
Do está de tu pasión el fuego escrito:
Si el precio de las joyas y del oro
Es un rico tesoro,
El precio de tu amor es infinito

XXI

Bosques llenos de sombras y poesía,
Torrentes de armonía,
Inmortal esperanza que redime,
A mi lira dictad vuestros cantares,
Espacio, tierra, mares
Y cuanto Dios formara de sublime

XXII

Nación cuanto preciosa idolatrada
Que á la Virgen Sagrada

Coronas en la tierra, corazones
Embargados de amor y bienandanza,
Ella es vuestra esperanza
En Ella compendiad vuestros blasones

XXIII

Cuando en los mares con hendida quilla,
Vuestra débil barquilla
Cruja al rigor del huracán violento;
Si no distingue el luminoso faro,
¿Dónde hallará un amparo
En medio de las ondas y del viento?

XXIV

¡Pobre nauta que vuela á la ventura,
Cuando en la noche oscura
La furia audaz del áquilón la azota!
Si no está cerca de la ansiada orilla,
¡Desdichada barquilla!
Zozobrará desmantelada y rota.

XXV

Nauta infeliz el que sin luz avanza
Perdida la esperanza,
Sin Redención, sin faro y sin piloto,
¿Qué será de su vida y de su esquite?
Sobre oculto arrecife
La furia audáz lo arrojará del noto.

XXVI

Mas tú, pueblo inmortal, tú cuyos ojos
Matinales sonrojos
Contemplan en la aurora que convida,
Cruzas de dicha y de esperanza lleno
Con el rostro sereno
Las procelosas ondas de la vida

XXVII

Tú no puedes temer; luz meridiana
La Virgen Soberana
Derramará mostrándote su huella,
Y el Edén inmortal de la alegría
Te anunciarán un día
Los resplandores tibios de tu estrella.

XXVIII

Y la Madre de Dios, esa diadema
Que de amor en emblema
Con regocijos á ofrecerle vienes
Llena el alma de mágicos anhelos,
Adornará con joyas de los cielos
Y amante la pondrá sobre tus sienes.

XXIX

¡Salve pueblo inmortal! ¡Salve mil veces!
Cuán grande resplandeces
De júbilo llenando nuestra historia,
Tú, que al dar á tu Reina una diadema,
Has colmado el poema
De tus fastos espléndidos de gloria.

XXX

Poema que cantar debiera el arte
Dejando, al ensalzarte,
En pos de sí las vaporosas nubes;
Que ese triunfo inmortal que al hombre inspira,
En su celeste lira,
Modularlo debieran los querubes.

XXXI

Y tú, bella esperanza seductora,
Pura y naciente aurora

Que anuncias de la dicha la mañana,
Dirige con tu luz al caminante
Que te aclama incesante
Madre, Salud y Reina Soberana.

A. M. D. G.

Tirso Sáenz.



LA CIUDAD DE PATZCUARO

Á SU EXCELSA REINA.

ODA compuesta por el Señor Lic. Don Rafael Gómez.

Aquí estoy á tus plantas, soy aquella
Que en el cristal del lago azul se mira,
Y de fragante sierra, libre de ira,
En cimientos altísimos descuella:
De Taríacuri bravo
Monumento de glorias, y recreo
De Caltzontzin, que, al cabo,
Teniendo en poco el militar arreo,
Su valor olvidando y realeza,
Al Español humilla su grandeza:

La que responde á su destino augusto
De combates heróicos y de gloria,
Coronándose siempre de victoria:
La que lleva en su seno sin disgusto,
Hospitalario instinto,
Y ennoblece magnífico, primero
El grande Carlos Quinto;
Y luego Fray Valencia, misionero
Períncrito, ¡ventura soberana!
De bárbara y gentil hace cristiana.

Tú me conoces bien, no necesito
Quien soy decirte, Madre Inmaculada;
Sobre la tierra y en los cielos, nada
Se esconde á tu mirar, dulce y bendito.
Vengo á tí, jubilosos

El alma y corazón, á saludarte
Con cánticos gloriosos,
Y con cultos insólitos á honrarte.
¿Por qué tal novedad? Tú lo adivinas,
Pues á mí con amor, blanda te inclinas.

Tiempo há que todo cuanto escucho y miro,
Todo cuanto en redor toca la mano
En azulado monte, en verde llano,
Y cuanto con placer gusto y aspiro,
En singular lenguaje
Me habla de una jornada nunca vista,
Dispuesta en tu homenaje,
Que únicamente á Satanás contrista,
Y le pone en febril desasosiego,
En los abismos del eterno fuego:

El pájaro cantor, en nuevos trinos
Que suspenden el ánimo; en arrullos
Las fuentes, y en dulcísimos murmullos
Los mansos arroyuelos cristalinos;
Las plantas y las flores
En süaves perfumes y fragancias;
Los aires en rumores
Misteriosos, y raras resonancias;
Y los hombres en frases á que han dado
De mística ovación significado.

Lo que hoy me regocija explica todo,
Y en el que alumbra esplendoroso día,
Me dá clara razón de una alegría
Que no conoce límites ni modo.
Por los continuos bienes
Há mas de tres centurias á este suelo,
Coronaron las sienes
De la Imagen Sagrada, en que el anhelo
Y devoción del inmortal Don Vasco,
Te hizo adorar del etnico tarasco.

Mis hijos por natura, que los tuyos
Son por amor, en extendida zona,

Querían para tí, régia corona,
De gratitud en los ensueños suyos;
Régia corona de oro
Y abillantadas piedras, que anunciara
En el rico tesoro
De su luz, que eras Reina asáz preclara,
Reina de gran poder, Reina absoluta
Del que te implora, ó tu favor disfruta.

Pero, Virgen, temieron ofenderte,
Y cometer sacrilego atentado
Contra el Trono de Dios inmaculado,
Del Dios tres veces santo, del Dios fuerte,
Presentando una ofrenda
Que, como de la tierra, nada vale
A Virgen que en la tienda
De los cielos se alza y sobresale,
Como olorosos cedros en collados,
Entre mirtos humildes y granados.

Mas Roma habló, y al punto sus temores
De ardentísimo amor, ¡feliz mudanza!
Se tornaron, de plácida esperanza,
En potentes alientos y en ardores.
Aunque á la excelsa altura
Oro y piedras preciosas son pobreza,
Cuando en ellos fulgura
Un haz de corazones, son riqueza,
La mayor, y lo digo aunque no cuadre,
Que forme las delicias de una madre.

Arcángeles, Patriarcas y Profetas,
Y Apóstoles y Mártires, y luego
Confesores y Vírgenes, fuego
Sintiendo de su afecto y sus saetas,
Su Señora la aclaman,
Y acepta la diadema reluciente
De los que tanto la aman,
Mostrando gozo y júbilo en la frente.
Así acepta la vuestra, patzcuareños;
¿Y cómo nó, si de su amor sois dueños?

Díganlo las pasmosas maravillas
En mil enfermos sin cesar obradas;
Enfermos que buscaron sus miradas,
O que en su altar doblaron las rodillas.
Díganlo los que en llanto
Sumergidos, de súbito, cubiertos
Con la orla de su manto,
Hallaron á su mal consuelos ciertos,
Cuya oculta virtud alegra al triste,
Y de vívidas luces lo reviste.

De ciudades y campos con pavora,
Truena la guerra fraticida, muerte
Y exterminio sembrando, de tal suerte
Que á tanto horror, ya falta sepultura;
Tan solo á los devotos
De su Sagrada Imagen, que prometen
Para su templo ex-votos,
Las sanguinarias furias no arremeten;
Y sálvanse, en maneras no creídas,
Libertad y fortunas, honra y vidas.

En extrema aflicción andan las gentes,
Porque las nubes tórnanse enemigas,
Y llevan su humedad á otras espigas,
Y las nuestras marchitan, inclementes,
Negándoles el riego
Que es sangre de ellas, y será mañana
Nuestro pan. Basta un ruego
A la madre de Dios, y la lejana
Nube, en hilos de plata cae al monte,
Y con su pompa cubre el horizonte.

Casi desesperado, el que ha ofendido
Aleve á su Criador, á eterna pena
Se vé sujeto, pues la copa, llena
De iniquidad, rebosa. Así perdido,
Pide celeste ayuda,
A la Virgen clemente alza los ojos,
Y entonces ya no duda
De su perdón; abate las hinojos,

Y al llorar su pecado, la esperanza
Pone, en sus labios, himnos de alabanza.

En interior combate, los dos hombres
Sostienen lucha heroica, y del camino
Porque se llega al inmortal destino,
Olvidan las veredas y sus nombres:
Es que pasiones fieras,
Con ímpetus los ciegan y acobardan
En diversas maneras.
Ella los vé luchar, y, porque guardan
De su afecto confusa la memoria,
Uno hace de los dos, para la gloria.

Todas estas finezas son prodigios,
De su excelsa bondad ópimos frutos,
De los amplios poderes absolutos
De Privada de Dios, claros vestigios.
Con razón en el día
De sus triunfos, el ánimo se exhala
Del pueblo, que confía
En el amparo maternal de su ala,
En éxtasis de gozo y de ventura;
Y en glorias sueña, y paz sin fin augura.

Con razón el alegre campanario.
Sus armónicos bronces sonar hace
Con suavidad que place, como place
Himno triunfal en resonancias vario:
Y las plazas y calles,
De púrpura se visten y de oro,
Que al monte y á los valles,
A lo léjos, parecen un tesoro
"Hoy hallado, de tantos como encierra"
En sus senos graníticos la tierra:

Cintas de luz escalan las esferas,
Y globos de dibujos esquisitos,
Y estallidos, en número infinitos,
Turban la dulce paz de sus praderas;
Se libra gran combate

En alturas al hombre inaccesibles,
En donde nada late,
Y son las mismas guerras imposibles:
Asisten á él, sin susto ni temores,
De esta tierra los mansos moradores.

De tanta novedad á ser testigos,
Vienen pueblos de límites remotos;
Y toman tripulantes y pilotos,
Parte en la fiesta, con ardor de amigos.
Por la Virgen bendita
Todos preguntan, y sin verla, juran
Devoción infinita,
Y luego sus favores aseguran,
Orando, fervorosos, en su templo,
De sus antiguos hijos al ejemplo.

Al fin sonó la felicísima hora
De la coronación, tan deseada;
La histórica basílica, inundada
Está de luz, envidia de la aurora;
De dulces armonías
Cadenciosos y plácidos torrentes,
Difunden alegrías
Hasta en ánimos tristes y dolientes,
Y hacen saltar de gozo los collados
Y estremecer los montes encumbrados!

La van á coronar: ya dos grandezas
De esta tierra, que son su honra y decoro,
Suben al trono de la Reina, de oro
Ricas mitras luciendo en las cabezas.
Doblados los hinojos,
A Dios elevan fervoroso ruego,
Y los amantes ojos
En la Sagrada Imagen fijan luego;
¡Y lágrimas de júbilo derraman,
Y Reina la pregonan y la aclaman!

De plácemes están, de parabienes,
Y en éxtasis se sienten abismados